

truído un sistema sobre un incidente fortuito.—
N. del T.

(40) *Los conocimientos hacen dulces á los hombres*, dice el filósofo ilustre, cuya obra, siempre profunda y á veces sublime, respira amor á nuestra especie en sus páginas todas, resumiendo en pocas palabras y, lo que es más raro, sin declamación, lo que jamás se haya escrito de más sólido en ventaja de las letras. Seguramente, los conocimientos hacen dulces á los hombres, pero la dulzura, que es la más amable de las virtudes, es también algunas veces una debilidad del alma. La virtud no siempre es dulce, y con gran frecuencia se arma de severidad contra el vicio y se inflama de indignación contra el crimen. El justo nunca tuvo vocación para perdonar al perverso, y pertinente fué la contestación que un rey de Lacedemonia dió á los que exaltaban en presencia suya la extrema bondad de su colega Carrillo, diciendo que no podía ser bueno quien no sabía ser terrible con los malos. *Quod malos boni oderint, bonos oportet esse*. Bruto no era un hombre dulce, y ¿quién se atrevería á decir que no era virtuoso? Al contrario, hay almas flojas y pusilánimes, que no tienen fuego ni calor, y cuya dulzura significa indiferencia para el bien y el mal. Tal es la dulzura que inspira á las naciones el gusto de las letras.—
N. del A.

(41) Lo que á Sócrates costó la vida, fué precisamente el haber dicho las mismas cosas que yo. En su proceso, uno de los acusadores alegó por los artistas, otro por los poetas, otro por los oradores ó retóricos, todos por la supuesta causa de

las divinidades. Los artistas, los poetas, los oradores ó retóricos y los fanáticos que hablaban en nombre de los dioses, triunfaron, y Sócrates pereció. Y, en conclusión, temo mucho haber hecho demasiado honor á mi siglo, asegurando que en él Sócrates no hubiese bebido la cicuta. Nótese que yo decía esto en 1750.—N. del A.

(a) Al escribir semejantes palabras, años después de la primera edición de su discurso, Rousseau tal vez pensaba en que las crueldades de la Inquisición continuaban aún en el siglo XVIII. Voltaire tuvo que sufrir el destierro, Diderot estuvo encerrado en el Fuerte del Obispo, y el mismo Rousseau vió pendiente sobre su cabeza una orden de encarcelamiento. Veinticuatro años antes (1765) de la Revolución se perpetró en Francia uno de los crímenes religiosos más capaces de espantar á la conciencia humana: este drama sangriento es conocido en la historia con el nombre de asesinato jurídico del caballero de La-barre; y Dide, en la conclusión de su libro sobre *La fin des religions*, describe, en sus principales detalles, el inicuo proceso.—N. del T.

(42) Nunca asisto á la representación de una comedia de Molière sin tener ocasión de admirar la delicadeza de los espectadores. Una palabra algo libre, una expresión más bien grosera que obscena, todo hiere sus castos oídos, y estoy seguro de que los más corrompidos son siempre los más escandalizados. Sin embargo, si se comparan las costumbres del siglo de Molière con las del nuestro, no somos por cierto nosotros quienes salimos ganando en la comparación. Cuando la ima-

ginación se ha mancillado una vez, todo se convierte para ella en motivo de escándalo. Cuando sólo lo exterior ó decorativo parece bueno, se toman los cuidados más exquisitos para conservarlo.—N. del A.

(43) Se me ha opuesto el lujo de los asiáticos por la misma razón que se me han opuesto los vicios de los pueblos ignorantes. Empero, por una desgracia que á mis adversarios persigue, se equivocan hasta en los hechos que nada prueban contra mi opinión. Sé muy bien que los pueblos de Oriente son más ignorantes que nosotros, mas eso no impide que sean tan vanos y escriban casi tantos libros. Los turcos, que son los que, entre ellos, menos cultivan las letras, contaban hasta quinientos ochenta poetas clásicos á mediados del siglo anterior (a).—N. del A.

(a) Los musulmanes, en general, se consideran como más hábiles en el arte oratorio ó retórico que los demás pueblos, y lo tienen á gran vanagloria. El talento de espresarse con facilidad y elegancia se mira, entre ellos, con la mayor estimación. Aun en los discursos ordinarios, las personas de elevado nacimiento se complacen en hacer frecuentes y exactas citas, sacadas de los poetas de renombre. Véase á Sale (*Observations historiques et critiques sur le mahométisme*, 474) y á Letourneau (*L'évolution littéraire dans les diverses races humaines*, 273).—N. del T.

(44) No me propongo lisonjear á las mujeres, y consiento en que me den el calificativo de pedante, tan temido por nuestros galantes filósofos; soy grosero, mazorral é impolítico por principios,

y no transijo con predicadores de encomios: sólo soy fácil para decir la verdad. Ahora bien: el hombre y la mujer han nacido para amarse y unirse; pero, pasada esta unión legítima, todo comercio de amor entre ellos, es una fuente afrentosa de desórdenes en la sociedad y en las costumbres. Cierto que las mujeres por sí solas podrían renovar el honor y la probidad entre nosotros, mas como desdeñan recibir de manos de la virtud un imperio que quieren deber únicamente á sus encantos, traen consigo el mal y encuentran en su preferencia su castigo. Trabajo cuesta concebir cómo, en una religión tan pura como la nuestra, la castidad haya podido llegar á ser considerada como una virtud baja y monacal, capaz de hacer ridículo al hombre y de la que apenas si se permite vanagloriarse á la mujer, al paso que, entre los paganos, esa virtud era honrada universalmente, mirada como propia de los grandes hombres y admirada en los héroes más ilustres. Tres puedo nombrar, que no ceden el uno al otro, y que, sin que la religión en ello se mezclase, dieron ejemplos memorables de continencia: Ciro, Alejandro y Escipión el Joven. De todas las rarezas que encierra el gabinete del rey, tan sólo quisiera contemplar el escudo de oro que fué regalado á este último por los pueblos de España, y sobre el cual hicieron éstos grabar el triunfo de su virtud. A los romanos correspondió someter á los pueblos, tanto por el esfuerzo de sus armas, como por la veneración debida á sus virtudes, y así es como la ciudad de Falisca fue subyugada y Pirro vencedor expulsado de Italia. Recuerdo haber leído en

alguna parte una muy adecuada respuesta del poeta inglés Dryden á un joven lord, que le reprochaba que, en una de sus tragedias, Cleómenes se entretenía en conversar digna y noblemente con su amante, en lugar de acometer alguna empresa digna de su amor. «Cuando estoy al lado de una bella, le decía el joven lord, sé aprovechar mejor el tiempo.» A lo que contestó Dryden: «Lo creo, señor; pero habréis de convenir asimismo en que vos no sois un héroe.»—N. del A.

(45) Dificil me es dejar de reir al ver que tantos hombres sabios como me honran con sus críticas limitanse á oponerme los vicios de los pueblos ignorantes, como si esto atañese al fondo de la cuestión. De que la ciencia engendre necesariamente el vicio, ¿se sigue que la ignorancia engendre necesariamente la virtud? Estas maneras de argumentar pueden ser buenas para los retóricos ó para los niños, por los cuales se me ha hecho refutar en mi país, pero los filósofos deben razonar de otra suerte.—N. del A.

(46) El lujo alimenta á cien pobres en nuestras ciudades y hace perecer á cien mil en nuestras campiñas. El dinero que circula en manos de los ricos y de los artistas para proveer á sus superfluidades, es dinero perdido para la subsistencia del labrador. El solo despilfarro de las materias que sirven para la manutención de los hombres, basta para hacer el lujo odioso á la humanidad (a). Felices pueden llamarse mis adversarios, de que la culpable delicadeza de nuestro idioma me impida meterme en detalles que avergonzarían la causa que defienden. Si tantos enfermos carecen de caldo, es

por exceso de jugos en nuestra cocina. Si el paisano no bebe más que agua, es por sobrar licores en nuestra mesa. Si una multitud de pobres no tiene pan, es por la abundancia de polvos en nuestra peluca.—N. del A.

(a) Contra el lujo se ha escrito mucho, y todo lo que á este propósito declama Rousseau, es una sarta de lugares comunes, que no cabe admitir sin reservas. Laveleye, en su libro sobre *Le luxe*, y Baudrillart, en su *Histoire du luxe*, han propuesto toda una técnica y una preceptiva de evitar el lujo, para lo cual es la religión necesaria, como depone la experiencia. Say, Hervé-Bazin, Liberatore y Antoine, en sus respectivos tratados de economía política, censurando el lujo, han deducido que el único remedio contra sus excesos está en los sentimientos religiosos, que inspiran la templanza, el horror á la vanidad y á los falsos goces y el amor á la beneficencia. Las potestades civiles y políticas han fracasado en este punto, como lo demuestra la historia. Hubo tiempos, así antiguos como modernos, en que la autoridad pública quiso poner un freno al lujo, dando leyes suntuarias, que medían el tamaño y la riqueza de los adornos, la calidad de las telas, el corte de los vestidos. Todo inútil: esas leyes no consiguieron su objeto, y el lujo pudo más que las pragmáticas. Un medio más reciente y seguro consiste en la coacción indirecta, que grava con pesados impuestos los objetos de lujo; pero aun este medio tiene pocas probabilidades de éxito, si es que no sirve para excitar más todavía la pasión por el lujo: ¿no sostiene el mismo Rousseau, siguiendo á Rabelais,

que una de las causas de que, siendo buenos por naturaleza, seamos malos en sociedad, es que la educación individual y la civilización colectiva nos llevan á emprender siempre cosas prohibidas y apetecer lo que se nos niega? ¿Se podrá extrañar, por ende, que sabios como Mac Culloch (*Principles, of political economy*, IV, XXI), Mauricio Block (*Le progrès* II, xxxv) y Leroy-Beaulieu (*Revue des Deux-Mondes*, 1894, CXXVI, 72, 547) hayan tomado la defensa del lujo, y, condenándolo severamente ante el tribunal de la moral, lo hayan absuelto ante el areópago de los economistas? Y bien mirado, el aumento de necesidades es un estímulo para el ingenio y el esfuerzo de los hombres, una levadura de progreso y de prosperidad social. Yo respeto la sobriedad individual de los altruistas, pero no reputo tal la que estriba en no regalar-se con nada y vegetar en una precaria situación. Un pueblo compuesto de unos hombres que se satisficieran con un trozo de pan y un sorbo de agua y un pedazo de tierra donde tenderse al sol ó á la sombra, según las estaciones, acabaría por retroceder al estado salvaje. Esto es, en efecto, lo que parece desear Rousseau, quien confunde con el lujo el fomento dado por un hombre rico á las artes, á las letras, á las ciencias, empleando una parte notable de su fortuna en encargar estatuas y cuadros y en formar colecciones de objetos preciosos. En este uso de la riqueza, nada hay que no sea muy racional, como tampoco son propiamente lujo los gustos consagrados á la higiene y á la comodidad de la vida por los que tienen medios para ello. Entiéndese por lujo, tomada esta palabra en

su acepción más estricta, el uso irracional de cosas supérfluas, raras y caras. Si el uso es racional y está encerrado en sus justos límites, entonces no cabe el lujo, y si alguna vez lo hubiere, será en el sentido de magnificencia, como ocurre con el culto religioso, el esplendor urbano y el desarrollo artístico de una nación. En tal caso dado lo noble y elevado del objeto, el lujo antes constituye una virtud que un vicio. Por lo demás, el lujo es una costumbre relativa á lugares y á tiempos, para el cual no hay medida absoluta en una sociedad dada.—N. del T.

(47) Empiezo por advertir que esta nota va dirigida á los filósofos, no al resto de los mortales, y afirmo que si el hombre es naturalmente malo, las ciencias sólo pueden contribuir á hacerle peor. Por esta sola suposición, nos hallamos ante una causa perdida. Mas aunque el hombre sea naturalmente bueno, como yo creo, y me complazco en repetir, no se sigue de ello que las ciencias le sean saludables, porque toda posición que pone á un pueblo en el caso de cultivarlas, anuncia necesariamente un comienzo de corrupción que ellas aceleran bien pronto. Entonces el vicio de la constitución realiza todo el mal que hubiera podido hacer el de la naturaleza, y los malos prejuicios se convierten en perversas inclinaciones.—N. del A.

(48) Pericles tenía mucha elocuencia, gran talento, magnificencia y gusto, y embelleció á Atenas con edificios suntuosos, modelos excelentes de escultura y obras maestras en todas las artes: ¡por eso le ha encomiado tanto la vasta multitud de los escritores! Con todo, queda por saber si Pe-

ricles fué un buen magistrado, porque, en la conducta de los Estados, no se trata de levantar estatuas, sino de gobernar bien á los hombres. No me entretendré en desarrollar los motivos secretos de la guerra del Peloponeso, que fué la ruina de la república; no decidiré si el consejo de Alcibiades estaba bien ó mal fundado, y si Pericles fué justa ó injustamente acusado de malversación: tan sólo preguntaré si los atenienses se hicieron mejores ó peores bajo su gobernación, y rogaré se me cite alguno entre los ciudadanos, entre los esclavos, entre sus propios hijos, que deba á sus cuidados el haber sido hombre de bien. He aquí, sin embargo, lo que me parece la primera función de un soberano, pues el más corto y seguro medio de procurar la felicidad de los hombres, no es adornar, ni siquiera enriquecer sus ciudades, sino hacerles buenos.—N. del A.

(49) «Veo á la mayoría de los talentos de mi época mostrarse ingeniosos en obscurecer la gloria de las bellas y generosas acciones antiguas, dándoles una interpretación vil y atribuyéndolas á ocasiones y causas vanas. ¡Gran sutileza! Déseme la acción más excelente y pura, y podré, para explicarla, proporcionar cincuenta intenciones viciosas. Sólo Dios sabe qué diversidad de imágenes sufre nuestra voluntad íntima. Al ser tan mal pensados, esos ingeniosos no tanto pecan de malicia como de grosería y torpeza. Yo emplearía en ensalzar el mismo trabajo y aun la misma licencia que ellos emplean en disminuir. A las raras figuras, puestas de ejemplo al mundo por consentimiento de los sabios, no temería recargarlas de honor,

tanto como mi invención me lo permitiese, en interpretación y favorable circunstancia. Hasta creo que los esfuerzos de nuestra concepción se hallan muy por debajo de su mérito. Misión de los hombres de bien es pintar la virtud cuan más bellamente puedan, y no nos engañáramos ni aun cuando la pasión nos pusiese en favor de formas tan santas.» No es Rousseau quien dice todo esto, sino Montaigne. (*Essais*, I, xxxvi). Sabido es que Montaigne, á quien Rousseau tan frecuentemente cita, hizo de su desdén por las ciencias el *leit motiv* de sus *Essais* (I, xxiv, II, xiii, III, xii), coincidiendo con él su discípulo Charron (*De la sagesse*, III, xiv). La misma doctrina se encuentra en las *Lettres persannes* de Montesquieu y en la llamada comedia italiana de *L'ile des esclaves* (1725) y la llamada comedia francesa de *Petits hommes ou l'ile de la raison*, ambas de Marivaux, sin contar la segunda parte de la *Histoire des troglodites*, la *Progymnasma adversus litteras et litteratos* (1551) de Giraldo y el tratado *De vanitate é incertitudine scientiarum* (1521) de Cornelio Agripa. Cajet pudo, ciertamente, escribir toda una obra sobre *Les plagiats de Rousseau*.—N. del T.

(50) Curio, al rechazar los presentes de los samnitas, decía que quería más mandar á los que tienen oro que tenerlo él mismo. Se hallaba en lo cierto. Los que aman las riquezas están hechos para servir, y los que las desprecian, para mandar. Lo que esclaviza á ricos y á pobres, no es la fuerza del oro, sino el querer á toda costa poseerlo. Sin esto, serían necesariamente los amos.—N. del A.

(51) La altanería de mis adversarios me condu-

ciría al colmo de la indiscreción, si perseverase en discutir contra ellos, que creen imponerse con su desdén hacia los pequeños Estados. ¿No temen que yo les pregunte, una vez siquiera, si es bueno que los haya grandes?—N del A.

(52) Esta cita latina corresponde á Séneca, *De Providentia*, II.—N. del T.

(53) Si Tito no hubiese sido emperador, jamás hubiésemos oído hablar de él, porque hubiese continuado viviendo como los demás, y no se convirtió en hombre bueno sino cuando, dejando de recibir el ejemplo de su siglo, pudo darle él mismo un ejemplo mejor. Léase á Suetonio (*In Titum*, I, VII): *Privatus atque etiam sub patrie principe, ne odio quidem, nedum vituperatione publica caruit.*,. *At illi ea fama pro bono cessit, conversaque est in maximas laudes.*—N. del A.

(54) No hay para qué preguntar si los padres y los maestros estarán dispuestos á separar mis escritos peligrosos de los ojos de sus hijos y sus discípulos. ¡Qué indecente, afrentoso y desordenado sería, en efecto, que sus hijos y sus discípulos desdeñasen tantas cosas bonitas y prefiriesen la virtud al saber! Esto me recuerda la respuesta de un preceptor lacedemonio á quien se preguntaba por burla lo que enseñaría á su educando: «Le enseñaré á amar la honestidad» (a). Si encontrase á tal hombre entre nosotros, le diría al oído: «Guardaos de hablar así, porque no tendréis alumnos jamás; pero aseguradles que les enseñaréis á charlar agradablemente, y os respondo de vuestra fortuna.»—N. del A.

(a) La frase del lacedemonio, reproducida por

Rousseau, se encuentra al final del tratadito de Plutarco: *Que la virtud puede enseñarse.*—N. del T.

(55) Se me preguntará acaso qué mal puede hacer al Estado un ciudadano de este género. Hace mal á los demás por el mal ejemplo que les proporciona y por los vicios que á él va á buscar. De todos modos, la ley debe prevenirse contra él, pues más vale que se le ahorque que no que sea perverso.—N. del A.

(56) Pásame por la cabeza un nuevo sistema de defensa, y no respondo de que no tenga la debilidad de ejecutarlo algún día. Esta defensa no se compondría más que de razones sacadas de los filósofos, de donde se seguiría, ó que han sido todos ellos unos charlatanes, como pretendo yo, si se encuentran sus razones malas, ó que he ganado mi causa, si se las encuentra buenas.—N. del A.

(57) La obra de Melon, á que Rousseau alude, se intitula *Essai politique sur le commerce*. La segunda edición apareció en 1736, en un dozavo.—N. del T.

(58) Hasta las pequeñas hojas críticas redactadas para diversión de la juventud parece que me hacen el honor de acordarse á menudo de mí. No las he leído, y seguramente no las leeré; pero nada me impide hacer de ellas el caso que merecen, y no dudo que todo esto no sea muy entretenido.—N. del A.

(59) Se me asegura que Gautier me hizo el honor de replicarme, aunque yo no le hubiese respondido, y hasta habiendo yo expuesto mis razones para no hacerlo. En apariencia, Gautier no en-

cuentra esas razones buenas, puesto que se ha tomado la molestia de refutarlas. Comprendo que es preciso ceder ante Gautier, y convengo de muy buen grado en la sinrazón en que caí al no responderle. Estamos, pues, de acuerdo en absoluto. Lo que lamento es no poder reparar mi falta, pues, por desgracia, ya no es tiempo y nadie sabría de qué quiero hablar.—N. del A.

(60) El verdadero autor de esta refutación era un tal Lecat, secretario perpetuo de la Academia de Rouen.—N. del T.

(61) Si el autor me hace el honor de refutar esta carta, no hay duda que me prueba, en una bella y docta demostración, sostenida con muy graves autoridades, que no es un crimen ser propietario de un terreno. En efecto: puede que no lo sea para otros, pero lo sería para mí.—N. del A.

(62) Puede verse, en el *Discours de Lyon*, un hermoso modelo del modo cómo conviene á los filósofos atacar y combatir sin personalismos y sin invectivas. Me lisonjeo de que se encontrará también en mi respuesta un ejemplo del modo cómo se puede defender lo que se cree verdadero, con la fuerza de que se es capaz y sin acritud contra los que la atacan y combaten.—N. del A.

(63) Si dijese que tan extraña cita proviene de alguien á quien el *Méthode grecque* de Clénard es más familiar que el *De officis* de Cicerón, y que, por tanto, parece conducirse asaz gratuitamente para ser defensor de las buenas letras, y si añadiese que hay profesiones, como la cirugía, donde se emplean tantos términos derivados del griego, que ponen á los que las ejercen en la nece-

sidad de poseer algunas nociones elementales de esa lengua, ello equivaldría á tomar el tono del nuevo adversario, y responder como hubiera podido hacerlo en lugar mío. Respondo, pues, que, cuando aventuré la palabra *investigación*, quise hacer un servicio á la lengua, introduciendo en ella un término dulce y armonioso, cuyo sentido es ya conocido, y que no tiene sinónimo en francés. A lo que entiendo, hay en esto todas las condiciones que se exigen para autorizar libertad tan saludable.

Ego cur, acquirere pauca.

Si possum, invideor, cum lingua Catonis et Enni Sermonem patrium ditaverit? (a). Pretendí sobre todo expresar exactamente mi idea. No ignoro que la primera regla de nuestros autores es escribir correctamente, ó, como dicen, hablar francés. Es que ellos tienen pretensiones y quieren pasar por modelos de corrección y elegancia. Para mí, que no me cuido en modo alguno de lo que se piense de mi estilo, la primera regla es hacerme entender. Nunca dudaré en emplear diez solecismos, si con su ayuda puedo expresarme más enérgica ó más claramente, y siempre que sea bien entendido de los filósofos, abandonaré gustosamente á los puristas la empresa de correr tras las palabras.—N. del A.

(a) Esta cita que hace Rousseau es de Horacio (*De arte poética*, 55).—N. del T.

(64) En el prefacio de la comedia *Narcisse*, compuesta á los diez y ocho años de edad (1733), estrenada el 18 de Diciembre de 1752 é incluida en el tomo V de las *Œuvres complètes*, Rousseau

ha resumido toda esta discusión. En el *Mercure de France* de Agosto de 1752, se puede ver la denegación de la Academia de Dijón á propósito de cierto escrito falsamente atribuido por el autor á uno de los miembros de esa Academia, y en el susodicho prefacio la defensa de Rousseau contra los que pretendían que él no creía una palabra de las supuestas verdades de que se había erigido en sostenedor, y que al demostrar una proposición cualquiera, no dejaba de creer en la contraria, es decir, que probaba cosas tan extravagantes, que no podía mantenerlas por convicción ó en serio, sino por juego ó en broma. No tengo aquí por cargo mío hablar de este último esfuerzo de Rousseau para mantener sus absurdas concepciones de la moral social, reservando semejante tarea para lo introducción crítica á mi traducción de su discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres, que Voltaire, con su maligno graceja, llamaba, en su respuesta del Verano de 1755, *un nouveau libre contre le genere humain*, invitando irónicamente al autor á que fuese á su posesión de las *Delicias* á restablecer su salud vacilante, con los puros aires de la campiña y á beber en él la leche de sus vacas y ramonear sus yerbas. De aquí nació la enemistad de Rousseau con Voltaire, quien, ante las enormidades lanzadas por el sofista de Ginebra, le escribía irónicas felicitaciones y le decía: «En obra alguna se ha empleado jamás tanto talento como en la vuestra para tratar de hacernos bestias del campo. Al leerlos, me dan ganas de andar en cuatro pies. Por desgracia, como tengo más de 60 años, he perdido la costumbre.»

Pero esto es tal vez poco serio, y, para terminar, me limitaré á advertir cuán mezquino resulta en Rousseau, frente á las enseñanzas de la sociología inductiva moderna, el concepto de la civilización que reduce la historia humana á una degeneración sucesiva de las costumbres, producida por el progreso literario y cultural.—
N. del T.

FIN